



Proyecto Ein Karem

Archidiócesis de Toledo

PINACOTECA HISTÓRICA

GABRIELLA MORREALE (1930-2017)



Natural de Milán, donde nació en 1930, su infancia la vivió en Viena y Baltimore (EEUU, Maryland), donde su padre fue destinado como cónsul italiano. Allí acudió al colegio de monjas Nôtre Dame. Es decir, recibió religión en la escuela.

Obtuvo la licenciatura en Ciencias Químicas por la Universidad de Granada. En su tesis doctoral demostró, mediante determinaciones precisas de yodo en agua y orina, que la incidencia de bocio en las Alpujarras estaba estrechamente ligada a la deficiencia de aquel elemento. Aquí comienza una carrera científica brillantísima junto a su esposo, Francisco Escobar del Rey, fallecido en diciembre de 2015, con

contribuciones decisivas en el campo de la fisiopatología tiroidea.

Ambos efectuaron una estancia posdoctoral en la Universidad de Leiden

(Holanda), especializándose en el estudio de la glándula tiroides. A su vuelta a España en 1958, se incorporaron al Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en 1974 se trasladaron a la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid, donde junto con Alberto Sols fundaron el Instituto de Investigaciones Biomédicas.

Sus contribuciones científicas forman un cuerpo doctrinal sin el que no es posible entender la fisiopatología tiroidea como la entendemos actualmente. Desarrolló el concepto, muy novedoso en su tiempo, de que había una relación muy estrecha entre el metabolismo de la T4 y su actividad hormonal. Igualmente, a contracorriente de ideas establecidas, demostró que la placenta no es impermeable a las hormonas tiroideas, y que la transferencia de hormona tiroidea de la madre al feto, demostrable desde etapas muy precoces del embarazo, es relevante en el desarrollo cerebral del feto.

Su trabajo ha tenido un gran impacto en la salud pública: implantó en nuestro país las técnicas de detección precoz de hipotiroidismo congénito mediante la medida de TSH y T4 en la sangre del talón de recién nacidos, un programa que ha evitado miles de casos de cretinismo.

Realizó un gran esfuerzo para convencer a las autoridades sanitarias, mediante acopio de datos en poblaciones de diverso nivel socioeconómico, de la absoluta necesidad de implementar la yodación de la sal común para asegurar un nivel de ingesta de yodo adecuada. Contribuyó al concepto de hipotiroxinemia materna y sus consecuencias en modelos experimentales y en poblaciones humanas, y señaló la necesidad de suplementación con yodo a las embarazadas.

Además, realizó una intensa actividad en el seno de las sociedades científicas. Fue presidenta de la European Thyroid Association y de la Sociedad Española de Endocrinología y vicepresidente de Sociedad Española de Bioquímica.

Contribuyó de forma decisiva a la formación de varias generaciones de científicos a los que ha transmitido su pasión por el conocimiento, el rigor experimental y la preocupación por la salud de poblaciones en riesgo.

Estuvo presente en el Homenaje 2009-2010 a los científicos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) premiados, que el propio CSIC organiza cada curso. En él se les pedía a los participantes que definieran la ciencia



comenzando con la frase: “Ciencia es...” Gabriella fue bastante contundente y esclarecedora: “...después de Dios y la familia, el motor de mi vida”.

En un currículum vitae que envió a D. Alfonso V. Carrascosa, desgranaba muy sinceramente su actividad profesional, mezclada con su vida y sus creencias. A sus entonces casi 300 artículos científicos en revistas especializadas le seguían palabras elogiosas hacia D. José María Albareda (a quien ella y Severo Ochoa consideran crucial para el desarrollo de la ciencia española) y situaba el origen de sus vocación científica en sus padres y abuelos. Decía: “Tanto mi abuelo como mi bisabuelo maternos (italianos) fueron profesores universitarios. Mi madre, Emilia de Castro, fue la responsable de la clasificación y conservación de serpientes boa, tal y como se puede comprobar aun en Milán, salvadas de los bombardeos de la segunda guerra mundial. Mi padre también se inició como investigador hasta que se metió en política”.

Ella y su esposo Francisco, también católico, iniciaron su formación junto al también científico católico Ortiz de Landázuri en la época granadina, y con motivo de su fallecimiento escribieron una larga carta a su viuda. Gabriela decía: «Doña Laura, desde lejos siempre la admiré como la dulzura y la fuerza en la que se apoyó don Eduardo. A él lo he admirado muy de veras, por su entusiasmo, su integridad, su profunda bondad. Cuánto nos ayudó de forma directa, y con su continuo ejemplo. A Dios pido muy de veras que pueda yo parecerme, aunque mínimamente, a usted por su bondad y dulzura y a don Eduardo por su perseverancia».

Una vez más, queda claro que religión e Iglesia Católica y ciencia son compatibles, y que para ser científica no hace falta ser atea.

Esperanza Gómez-Menor